

EL CONCEPTO DE FE EN MIGUEL DE UNAMUNO

Victor Brenes

Existe en todo sistema filosófico, hablando en términos generales, lo que podríamos llamar su línea genética fundamental, a saber, aquel núcleo ideológico primario del cual se origina y depende la estructuración del mismo y en el cual encuentra la clave de su interna comprensión. La búsqueda e individualización de esta línea genética fundamental constituye en la exposición de una Historia de la Filosofía que no quiera limitarse a un plano puramente narrativo, el primer paso hacia una inteligencia reasumptiva y orgánica del sistema, que viene entonces a ser desdoblado desde su más íntima y profunda entraña. Tal epicentro ideológico se presentará en forma más o menos explícita según el mayor o menor rigor lógico o carácter racional del mismo, pero tanto en el primer caso como en el segundo es un hecho al cual podemos llegar en virtud de un proceso analítico y sintético. El hombre es y seguirá siendo, en último análisis, una unidad substancial, ontológica y, por ende, lógica, unidad ésta que no puede menos que traducirse en sus operaciones y, de un modo muy particular, en sus creaciones espirituales. Tal es el motivo por el cual podemos emprender cualquier investigación sobre un determinado sistema ideológico, por más inorgánico y poco sistemático que se nos ofrezca, en la segura confianza de que en el fondo del mismo, hemos de hallar la deseada unidad interna, tanto en la verdad como en el error, que también éste, porque humano, tiene su lógica y razón.

Esto que, en general, puede afirmarse de cualquier pensador, vale de un modo muy especial de Miguel de Unamuno. En efecto, si alguien debería carecer de lógica y unidad sistemática ése debería ser quien en todos sus escritos no hizo otra cosa que proclamar la inutilidad de aquélla. Si en algún pensador podríamos buscar en vano una interna conexión, un plan determinado, un fundamento racional, un hilo, al menos, que nos pudiera servir de guía en el torrente impetuoso no digamos de sus pensamientos sino de sus sentimientos, éste sería Miguel de Unamuno. Sí, Unamuno, el inclasificable ("yo soy especie única"), aquél que, por estar entero, como decía él, no podía ni quería pertenecer a ningún partido político, escuela filosófica o confesión religiosa. Unamuno, aquél que, en nombre de la "cardiaca", no vacilaba en predicar a los cuatro vientos, con toda la energía de su apasionado temperamento, una cruzada de exterminio definitivo contra la lógica, la enemiga de la vida, la que al intentar clasificar en los fríos y estáticos conceptos de sus categorías racionales el fluido vital y generoso de la existencia, pretendía convertirla en un cementerio de ideas. Esto no obstante, y sea dicho con el inevitable escándalo de los unamunófilos, nuestro hombre, como todo buen hijo de vecino, también es clasificable. Y afirmamos que es clasificable, no porque vayamos a cometer contra su personalidad humana o intelectual el inexcusable crimen de tratarlo como si fuera una "cosa", colgándole del cuello una

etiqueta a modo de aquéllas que llevan los frascos en los estantes de las boticas, ni mucho menos porque tengamos la intención de reducirlo a la condición de un abejorro a quien se coloca atravesado por un alfiler en la colección de insectos disecados. Decimos que Unamuno es clasificable—y que nos perdone la blasfemia— en el sentido de que aun en esa gama tan compleja de ideas y sentimientos aparentemente contradictorios que parecen escapar a todo esfuerzo de organización sistemática, es posible señalar un elemento constante que, a modo de común denominador, dé la tónica general y clave fundamental que permita unificar los elementos tan complejos que constituyen su polifacética personalidad humana e intelectual.

Esta unidad ideológica fundamental no surge, por nuestra parte, como fruto artificioso de una actitud preconcebida de sistematización, sino más bien como resultado y manifestación de esa última y radical unidad ontológica y lógica a la cual nos referíamos más arriba. Difícil es, además, después de veinticinco siglos de especulación filosófica, pretender sentar cátedra de “especie única” es ese terreno ideológico en el cual, ya desde hace mucho tiempo, ha sido señalado un centro, un arriba y un abajo, una derecha y una izquierda, una derecha de la izquierda y una izquierda de la derecha. En la rosa de los vientos del complejo mosaico de las ideologías filosóficas, Unamuno, más que a crear un nuevo punto, viene a sumar su voz “como la de un nuevo cantor que entra a formar parte de un coro ya constituido en el que se destaca por su tonalidad pasional y el acento con que la emite” (1).

Tiene pues también el unamunismo su racionalidad interna, obligado y paradjico tributo pagado por la “cardiaca” a la lógica, sin la cual ni podría expresarse. Hay un punto central o línea genética fundamental en el pensamiento de Unamuno, a saber, su concepto de la fe, a cuyo estudio queremos consagrar, siquiera en forma breve y sucinta, el presente estudio: Qué sea la fe unamuniana, en qué elementos se descompone (análisis) y en qué forma se integran éstos (síntesis) es lo que trataremos de exponer a continuación.

Unamuno se separa radicalmente del concepto comúnmente aceptado de fe, tanto humana como divina, de la cual se afirma que es un juicio—composición de un sujeto con un predicado—puesto en virtud, no de la percepción de la intrínseca conveniencia de éste con aquél, sino por razón de un testimonio y, en último análisis, de un testigo, cuya ciencia y veracidad nos consta suficientemente. Es pues fundamentalmente un tipo de conocimiento—saber—que difiere específicamente de la ciencia por fundarse en un criterio externo, el testimonio, al contrario de aquélla que lleva al sujeto, ya sea por intuición inmediata o bien por demostración mediata, hasta la misma percepción interna de la conveniencia entre los dos términos del juicio, sujeto y predicado. Es pues la fe, en cuanto determinado tipo de conocimiento, entendido como un saber, es decir, como la asimilación intelectual de alguna determinada verdad, un acto del intelecto y, como tal, formalmente racional. Creer es tener por verdadero algo en virtud de un testimonio. Lo verdadero y lo falso son categorías intelectuales, no volitivas y a ellas, como tales, se llega con la razón, no con la voluntad. Objeto de ésta es la misma realidad, pero en otra dimensión ontológica, a saber, la del bien, es decir, como perfectiva y, por ende, apetecible con respecto al sujeto, en cuanto lo

Significado de las abreviaciones: ST 6; 2 EE 825 léase: “Del sentimiento trágico de la vida”, cap. VI, segundo volumen de *Ensayos* (Miguel de Unamuno), Ed. Aguilar, tercera edición, Madrid, 1951, pág. 825. QS 2, 7; 2 EE 219 léase: *Vida de don Quijote y Sancho*, parte II, cap. VII. Lo demás id. ac sup.

(1) MIGUEL OROMI, *El pensamiento religioso de Miguel de Unamuno*. Madrid, 1943, p. 218.

ordena a la consecución de su propia e interna perfección. Verdadero y bueno son, pues, dos categorías trascendentales del ser, a las cuales corresponden, por parte del sujeto, dos facultades específicamente distintas, ordenadas a objetos formalmente distintos. Toda forma de conocer en el sentido de saber, en su acepción genérica y no restringida al dominio del saber estrictamente científico (por demostración), es decir, en cuanto aprehensión del ser como *verdadero*, sea por vía de intuición, demostración o testimonio, es un acto que formalmente, como tal, corresponde al intelecto. Se conoce con la razón; la voluntad apetece y, en cuanto tal, puede facilitar, dificultar y hasta impedir el acto del conocimiento "ab extrínseco", aplicando el intelecto con mayor o menor atención al objeto o bien distrayéndolo del mismo. "Se pinta con la cabeza", decía Leonardo da Vinci. Si la inspiración o intuición artística constituye un medio de saber o conocer algo, es un acto formalmente racional, en el sentido genérico más arriba expuesto.

Este carácter fundamentalmente racional de la fe—en cuanto tipo de saber—es abiertamente negado por Unamuno y no podía ser de otra manera puesto que aquélla supone una serie de elementos que no pueden tener *lógica* cabida en el pensamiento unamuniano, a saber, unos postulados de epistemología realista en forma alguna aceptables por aquél. En primer término, la tesis fundamental de toda gnoseología idealista, que afirma la intersubjectividad intencional de la conciencia, a la que niega radicalmente la posibilidad de alcanzar el ser real, limitándola a su representación fenomenal, punto en el cual nuestro autor, suscribiendo esta tesis, no hace otra cosa que colocarse en la línea crítica trazada por Kant, aun entonces imperante y de la que es deudor (2). Igual cabe afirmar, en segundo término, de aquella abierta y radical oposición tantas veces y con tanto énfasis subrayada por Unamuno entre el pensamiento abstracto, reducido a sus categorías lógicas "a priori" y el ser concreto, existencial. Razón y lógica, por tal motivo, vienen a ser sinónimos de inmovilidad y de muerte, mientras que lo vivo se define—si cabe el término—por su esencial inestabilidad, incapaz, por ende, de ser, como tal, aprehendido por aquéllas (3). De estas premisas se siguen necesariamente consecuencias no menos importantes y que plasman y condicionan en forma definitiva la ideología unamuniana. En primer término, la afirmación del primado absoluto de la voluntad en orden a la consecución de toda realidad que trascienda los límites de lo puramente lógico. Negada a la razón la capacidad de alcanzar el objeto de nuestro anhelo vital, a saber, la inmortalidad, y no pudiendo, por otra parte, renunciar a ella, so pena de privar a la existencia concreta del hombre

(2) "Cuanto conozco o puedo conocer está en mi conciencia. ¿Puede mi conciencia conocer que hay algo fuera de ella? (ST 9; 2 EE 906); "Lo único real es la conciencia" (ST 7; 2 EE 868).

(3) "Y es que, en rigor, la inteligencia es enemiga de la vida. Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad la memoria. La vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor, ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser... La identidad que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo, hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo, hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente. La ciencia es un cementerio de ideas, aunque de ellas salga la vida. También los gusanos se alimentan de cadáveres. Mis propios pensamientos desgajados de su raíz cordial y vertidos en este papel y fijados en él en formas inalterables, son ya cadáveres de pensamientos. ¿Cómo pues va a abrirse la razón a la vida?" (ST 5; 2 EE 810).

de todo auténtico y definitivo sentido, debe Unamuno tender al otro gran elemento del binomio humano, la voluntad, entendida como "fe" en el sentido unamuniano, es decir, no como facultad que apetece el objeto que ya anteriormente le ha presentado la inteligencia, sino como proyección vital del propio sujeto del cual es creación (4). La fe no vendría pues a especificarse por un elemento racional, sino volitivo; no es la adhesión a un testimonio y, por medio de éste, a un enunciado racional, es decir, cognoscible, sino la tendencia de la voluntad hacia su objeto supremo, en nuestro caso, la inmortalidad personal del hombre. Segunda consecuencia que se deduce de aquellos principios es la radical e irreductible oposición entre la razón y la vida, entre la lógica y la "cardiaca" llevada hasta el extremo, que en más de un punto debe interpretarse con menor rigor del que algunas expresiones de Unamuno sugieren—que también los filósofos tienen sus juegos y retruécanos literarios—, de proclamar lo absurdo, en cuanto manifestación suprema de la negación de la lógica, como norma de conducta (5). Colócase, pues, Unamuno en un plano típicamente existencialista, con todos sus implicados propios, especialmente en cuanto se refiere a aquella exigencia de absoluto y transcendencia que los profundos análisis fenomenológicos han encontrado en el fondo de miseria moral y de contingencia ontológica del hombre, y a los cuales la razón, aceptada como la facultad de lo puramente abstracto, limitada, en su naturaleza y en su operación, por sus propias leyes lógicas, no puede llegar. Y, en tercer término, podemos señalar la afirmación del primado de la voluntad sobre la inteligencia en el mismo dominio del conocimiento, entendido como el derecho de dar forma propia a todo cuanto pueda ordenarse, sea cual sea su valor objetivo ("la verdad verdadera"), a la consecución de la inmortalidad en cuanto alimento de nuestro anhelo vital. La vida no vendría pues a cimentarse en concepciones teóricas y abstractas—"verdades muertas"—sino en experiencias vitales—"verdades vivas"—que no se conocen, sino que se hacen (6). La conducta es, pues, el criterio de verdad, único que puede fundar y justificar el contenido racional de una determinada ideología (7).

Aquel carácter esencialmente volitivo y necesario de la fe unamuniana, en cuanto expresión vital que impulsa al hombre hacia la afirmación—no ya conocimiento—del objeto único que puede dar sentido al hecho de su existencia funda otras

-
- (4) "Fe no es creer lo que no vemos sino crear lo que no vemos pero que queremos" (ST 9; 2 EE 897). "Creer en la inmortalidad del alma es querer que el alma sea inmortal, pero quererlo con tal fuerza que esta querencia, atropellando a la razón pasa (sic) sobre ella" (ST 6; 2 EE 833).
- (5) "El toque está en desatinar, sin ocasión, en generosa rebelión contra la lógica, durísima tirana del espíritu" (QS 1, 34-35; 2 EE 165). "Entre todos los derechos íntimos que tenemos que conquistar no es el menos precioso e inalienable derecho a contradecirme, a ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre" (*La ideocracia*, 1 EE 249). "Esta es la verdad pura: el mundo es lo que a cada cual le parece, y la sabiduría estriba en hacérselo a nuestra voluntad, desatinando sin ocasión y henchidos de fe en lo absurdo". QS 1, 34-35; 2 EE 166). "Reclamo mi libertad, mi santa libertad hasta de contradecirme, si llega el caso" (*Mi religión*, 2 EE 375).
- (6) "Esclavos (de las ideas) son los hombres de profundas convicciones, sin sentido del matiz ni del nimbo que envuelve y aúna los contrarios. Esclavos les son todos los sectarios, los ideócratas todos... Desgraciado del que necesita ideas para fundar su vida!" (*La ideocracia*, 2 EE 249 s). "Si quieres llevar tu vocación debidamente, desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia. Que te baste tu fe. Tu fe será tu arte, tu fe será tu ciencia" (QS, prólogo, 2 EE 79s).
- (7) "Suelen ser nuestras doctrinas... el justificante que, a posteriori nos damos de nuestra conducta y no su fundamento apriorístico" (ST 11; 2 EE 963).

dos características, no menos importantes que las anteriores, a saber, la fe como voluntad "agónica" y creadora. La insuperable irreductibilidad entre la razón, "que prueba pero que no consuela", y la voluntad, "que consuela sin probar", hace imposible la paz entre ambas (8). "Tuvimos que abandonar desengañados—dice Unamuno—la posición de los que quieren hacer verdad racional y lógica del consuelo (la certeza de nuestra inmortalidad), pretendiendo probar su racionalidad, o por lo menos su no irracionalidad, y tuvimos también que abandonar la posición de los que querían hacer de la verdad lógica (la certeza de nuestra mortalidad) consuelo y motivo de vida. Ni una ni otra de ambas posiciones nos satisfacía. La una riñe con nuestra razón; la otra, con nuestro sentimiento. La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra misma, condición de nuestra vida espiritual" (9). La imposibilidad de superar, por una parte, las exigencias de la razón, "que prueba mas no consuela", y la de renunciar, por otra, a las del sentimiento, "que consuelan pero no prueban" crea la duda, no en un sentido cartesiano, artificial y además racional, sino vital, como que su fuente no es una exigencia de orden metodológico, asumida libremente, sino la misma condición existencial humana, en cuanto posición contradictoria e irreductible entre las exigencias del sentimiento y las frías conclusiones de la razón. "Esta otra duda—dice nuestro autor—es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica. Porque la ciencia destruye el concepto de personalidad, reduciendo a un complejo en continuo flujo de momento, es decir, destruye la base misma sentimental de la vida del espíritu, que, sin rendirse, se revuelve contra la razón. Y esta duda no puede valerse de moral alguna de provisión, sino que tiene que fundar su moral, ... sobre el conflicto mismo, una moral de batalla... De continuo la voluntad, quiero decir, la voluntad de no morir nunca, la irresignación a la muerte, fragua la morada de la vida, y de continuo la razón la está batiendo con vendavales y chaparrones" (10). La duda pues, en el concepto de fe unamuniano, es un elemento esencial como duda positiva y vital. Positiva porque, aunque duda y, precisamente porque duda, es que encuentra en ello fuerzas para tender hacia el objeto supremo de la voluntad, a saber, el postulado, racionalmente indemostrable, según Unamuno, de la inmortalidad del alma. Y a esto no obsta en forma alguna la observación que podría hacerse en el sentido de que la duda, en cuanto suspensión del juicio por parte del sujeto con respecto al objeto, no puede, por este motivo, impulsar a aquél hacia éste, por cuanto en la ideología unamuniana la íntima naturaleza de esta duda vital no es de carácter racional, sino más bien volitivo. Y vital porque está en la misma entraña de la condición humana definida, como queda dicho más arriba, por esta irreductible oposición entre razón y sentimiento. Tal es la condición "agónica" de la fe unamuniana, que "pone la vida más en la lucha que en la victoria" (11), y de la cual se sigue su cuarta característica, a saber, su poder creador. Entre las conclusiones de la razón, que prueban mas no consuelan, y las exigencias del sentimiento, que consuelan sin probar, no hay solución posible, solo queda la misma desesperación ¿Hemos dicho la desesperación? ¿Y si de ella misma tratáramos de hacer fuente de consolación? Este es el punto en el cual Unamuno ve o cree ver un lejano reflejo de luz lejana, un punto de apoyo al

(8) "Toda posición de acuerdo y armonía persistente entre la razón y la vida... se hace imposible" (ST 6; 2 EE 833).

(9) ST 6; 2 EE 825s.

(10) ST 6; 2 EE 827.

(11) *Mi religión*, 2 EE 372s.

cual asirse en un titánico esfuerzo para intentar arrancar al hombre—él mismo—de este “fondo del abismo”. ¿Y si, en vez de tratar de superar la desesperación, nos abrazáramos con ella? ¿Y si, en vez de pretender resolver las contradicciones entre el sentimiento y la razón, las aceptáramos como tales? ¿Y si, en vez de querer encontrar el consuelo y la prueba tanto en el sentimiento y en la razón, lo buscáramos en la misma desesperación? (12) ¿Podría ser ésta, en sí misma, fuente de energía, fuente de vida moral, fuente de consuelo y, por ende, base suficientemente firme como para apoyar en ella todo un sistema práctico de vida, de vida fecunda, aun más, de vida optimista? (13). La fe vendrá, pues, a crear su objeto. Suspendida en medio del abismo, con el cielo de la inmortalidad sobre su cabeza y la nada a sus pies, tentará y dará un salto mortal de la piedra firme de su anhelo vital al objeto imposible de su razón, verdadera salida desesperada cuya tragicidad penetra toda la obra unamuniana en lo angustioso de sus exigencias y en lo estéril de sus tentativas. El mundo unamuniano, reducido a ruinas humeantes por el choque ineludible entre la lógica y la “cardiaca” en todos sus elementos, excepción hecha de la voluntad, es decir, del irrefrenable deseo de subsistir imperecederamente, vendrá a reconstruirse a partir de ésta, en cuanto anhelo vital (14). La verdad lógica no es, pues, la que pueda ser capaz de resolvernos el problema de la vida, que es algo vivo, en continuo movimiento y agonía, muriendo y volviendo a nacer continuamente (15). La verdad es creada por la voluntad, por la fe (unamuniana) en una necesidad de conformar el mundo que circunscribe la existencia concreta del hombre y de ordenarlo hacia la consecución de su anhelo vital. “No es la inteligencia, sino la voluntad, —afirma Unamuno— lo que os hace el mundo, y al viejo aforismo escolástico de que *nihil volitum quin praecognitum...* hay que corregirlo con un *nihil cognitum nisi praevolitum*” (16). “Todo es verdad cuanto alimenta generosos anhelos y pare obras fecundas; todo es mentira mientras ahogue los impulsos nobles y aborte monstruos estériles” (17). “¿Ideas verdaderas y falsas, decís? Todo lo que eleva e intensifica la vida refléjase en ideas verdaderas, que

(12) “Ni pues el anhelo vital de inmortalidad halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad de ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, de un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de una vida seria y terrible” (ST 6; 2 EE 825).

(13) “Quiero establecer que la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro destino final, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral” (ST 11; 2 EE 963).

“... me queda exponeros cómo, a mi sentir y hasta a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica” (ST 6; 2 EE 841s).

(14) “Mi cuerpo viva gracias a luchar momento a momento contra la muerte, y vive mi alma porque lucha también contra la muerte momento a momento. Y así vamos a la toma de una nueva afirmación sobre los escombros de la que nos desmoronó la lógica, y se van amontonando los escombros de todas ellas, y un día, vencedores sobre la pingorota de este inmenso montón de afirmaciones desmoronadas, proclamarán los nietos de nuestros nietos la afirmación última y crearán así la inmortalidad del hombre” (QS 2, 7; 2 EE 219).

(15) “Y la trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquélla empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la normalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales” (ST 6; 2 EE 833).

(16) QS 1, 31; 2 EE 180.

(17) QS 1, 31; 2 EE 181.

lo son en cuanto lo reflejan... Mientras corra una peseta y haga oficio, comprándose y vendiéndose con ella, verdadera es, más desde que ya no pase, será falsa" (18). Verdad, pues, creación de la fe unamuniana o voluntad agónica, será todo cuanto sirva a la vida, en el sentido de nuestro autor, es decir, a ese elemento que la define como tal: la lucha entre las insolubles contradicciones y antinomias de la razón y del sentimiento. En un mundo en el cual toda verdad objetiva—o "verdad verdadera" como muy significativamente la llama Unamuno—carece de sentido por razón del radical prejuicio idealista que mina la epistemología unamuniana, lo decisivo será que, prescindiendo del contenido real u óntico de cualquier juicio, seamos capaces de informar nuestra propia y particular existencia con una serie de motivos anímicos—vivencias—capaces de sustentar y mantener en estado de continua tensión aquella particular condición del hombre unamuniano creada por la oposición entre la lógica y la cardíaca. La verdad no vendría a tener, por estos motivos, más finalidad que la de fundar una auténtica existencia, es decir, una actitud vital esencialmente agónica, por cuya razón es ésta el criterio de aquélla. "Es el valor descarado—dice Unamuno—de afirmar en voz alta y a la vista de todos y de defender con la propia vida la afirmación, lo que crea las verdades todas. Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas, y no es la inteligencia sino la voluntad la que las impone" (19).

Examinado el contenido de la fe unamuniana en cuatro de sus elementos integrantes, a saber, como voluntad necesaria agónica y creadora, veamos en qué forma pueda determinarse mejor por razón del objeto al cual tiende.

En la fe unamuniana, que hemos venido analizando en lo más arriba expuesto, podemos señalar un doble objeto y que respondería a la pregunta: ¿qué pretende Unamuno con su filosofía o, para ser más exactos, con su "fe", tal cual la concibe? La respuesta que se impone es: dar una respuesta al problema de la vida que, como es bien sabido, reasume nuestro autor en uno solo, es decir, en el problema de nuestra persistencia después de la muerte, en una palabra: la inmortalidad personal. Tal sería, y perdónesenos la tautología, el "objeto objetivo" a que tiende la fe unamuniana. La brevedad del presente trabajo nos impide extendernos, como quisiéramos, en la exposición de uno de los temas que con mayor acierto y verdad sublineara Unamuno, a saber, el primado absoluto de la conciencia, el valor indiscutible de la persona humana y, por ende, la radical falta de sentido de todo otro valor—arte, cultura, ciencia, etc.—si esta persona y aquella conciencia llegaran algún día a desaparecer. "Un alma humana—dice—vale por todo el universo... Un alma humana, ¿eh? No la vida. La vida ésta, no... El mundo es para la conciencia... Si la conciencia no es nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces nada hay más execrable que la existencia" (20).

Es, pues, la posesión de la inmortalidad personal el término definitivo de la fe unamuniana, mientras que, por otra parte, como "objeto subjetivo" de la misma puede

(18) *La ideocracia*, 1 EE 252.

(19) QS 1, 45; 2 EE 194.

(20) ST 1; 2 EE 739s. "He de volver a hablaros de la suprema vaciedad de la cultura, de la ciencia, del arte, del bien, de la verdad, de la belleza, de la justicia... de todas estas hermosas concepciones si al fin y al cabo, dentro de cuatro días o dentro de cuatro millones—que para el caso es igual—no ha de existir conciencia humana que reciba la cultura, la ciencia, el arte, el bien, la verdad, la belleza, la justicia y todo lo demás así? (ST 5; 2 EE 816).

señalarse la necesidad de dar sentido al Universo, que no lo tendría ciertamente si el hombre se viera privado de su propia significación, como sucedería en el caso de que, como queda dicho, su existencia no fuera otra cosa que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas (21). El carácter de la filosofía unamuniana es, pues, eminentemente pragmático, como ordenada a darle al hombre una norma concreta de conducta, que, de hecho, nuestro autor transcribe con una fórmula calcada sobre la conocida máxima kantiana y que, en último análisis no viene a ser otra cosa que el aceptar, en el plano ético, la filosofía del "als ob" ya anteriormente formulada por Hans Vaihinger, según el cual se admite algo porque nos parece útil en orden a algún determinado esquema de valores. Inmortalidad del hombre y necesidad de dar sentido al Universo, tales son los dos elementos, aquél objetivo y éste subjetivo, hacia los cuales tiende la fe unamuniana. Examinemos brevemente el carácter, ya transcendente o bien inmanente, del primero. ¿Qué naturaleza exige Unamuno a esta inmortalidad para que sea cual corresponde a nuestro anhelo vital? Sin lugar a dudas, absolutamente objetiva, en cuanto única solución que responde al objeto de la fe unamuniana, a la exigencia más categórica de la conciencia humana: inmortalidad e inmortalidad personal, rechazando todo atenuante en la misma, como la tesis panteísta de una persistencia impersonal (22) o aquélla que correspondería a un ser que se hunde en el seno de la divinidad (23). "Queremos bulto—afirma Unamuno—y no sombra de inmortalidad". Una realidad objetiva, una verdad, como diría nuestro autor, "verdadera", tal es, según lo manifiesta con claridad meridiana en sus escritos y vida, la naturaleza de la inmortalidad exigida por nuestro anhelo vital y a la cual tiende la fe unamuniana como expresión y exigencia brotada de lo más profundo de nuestro auténtico ser. No obstante esta incontrovertible exigencia de objetividad con respecto a la inmortalidad personal, término de nuestro anhelo vital ¿hasta qué punto es capaz de fundarla como tal el unamunismo? En ningún sentido, respondemos. Unamuno comprende perfectamente, y con mucha razón, que nuestra inmortalidad, para que sea algo más que un simple y vano deseo de un ser absurdo, necesita a Dios como fundamento ontológico, no solamente de su posibilidad teórica, sino también de su realidad práctica.

Es éste el punto en el cual se plantea al unamunismo el tema de Dios, no "in recto" sino "in obliquo" (24), aunque no por ello en un plano de menor transcendencia. "Dios es para nosotros—afirma claramente—ante todo y sobre todo, el pro-

-
- (21) "Acabamos de ver que cuando tratamos de dar forma concreta, racional a nuestro anhelo primordial... los absurdos... se multiplican... ¡Y, sin embargo...! Sin embargo, sí, hay que anhelarla (nuestra inmortalidad personal), por absurda que nos parezca, hay que creer en ella, de una manera o de otra, para poder vivir. Para vivir ¿eh?, no para comprender el Universo" (ST 10; 2 EE 959).
- (22) "Decir que todo es Dios y que al morir volvemos a Dios, mejor dicho, seguimos en El, nada vale a nuestro anhelo vital; pues si es conciencia individual, es perecedera, no salva el anhelo de inmortalidad sino que lo disuelve" (ST 5; 2 EE 809). "El panteísmo no es sino un ateísmo disfrazado" (ib).
- (23) "Y vienen queriendo engañarnos con un engaño de engaños y nos hablan de que nada se pierde, de que todo se transforma. No... no es anegarme en un gran Todo, en la Materia o en la Fuerza infinitas o eternas de Dios lo que anhelo: no es ser poseído por Dios sino poseerle, hacerme yo Dios, sin dejar de ser yo que ahora os digo esto. No nos sirven engaños de monismo. ¡queremos bulto y no sombra de inmortalidad!" (ST 3; 2 EE 771).
- (24) Valga la ocasión para hacer una breve observación sobre el antropocentrismo de Unamuno. Lo religioso se define, como tal, por la tendencia hacia la divinidad en primer plano. Lo humano viene en segundo término ("... porque aunque lo mismo que espero no esperara..."). Por este motivo podemos afirmar que la filosofía unamuniana, a pesar de insistir tanto en el tema de Dios, fundamentalmente no se especifica por un elemento religioso-divino, sino

ductor de nuestra inmortalidad" (25), de donde se deduce que el grado de objetividad de éste corresponderá al de nuestro objeto supremo, a saber, a la inmortalidad personal. En otros términos: en último análisis, llega el unamunismo a un punto en el cual gravita alrededor de un interrogante, de cuya respuesta, negativa o positiva, depende por completo, a saber, la existencia de Dios (y, por ende, en orden al problema unamuniano, la posibilidad real de conocerla con certeza), postulado absolutamente necesario para fundar la posibilidad y realidad de nuestra inmortalidad, único, definitivo y necesario objeto de nuestro anhelo vital y, por ello, de toda existencia humana. Tal creemos ser el punto neurálgico del unamunismo y que podemos hacer resaltar mejor con la consideración comparativa de los tres siguientes textos de nuestro autor:

a) carácter transcendente del objeto de nuestro anhelo vital: "queremos bulto y no sombra de inmortalidad" (26).

b) Dios, como fundamento imprescindible, tanto de la posibilidad como de la realidad de nuestra inmortalidad: "Dios es ante todo y sobre todo, el productor de nuestra inmortalidad" (27).

c) imposibilidad,—dados sus prejuicios kantianos antimetafísicos—de fundar, por nuestra parte, un conocimiento cierto de la existencia de Dios: "¿Existe Dios... es algo substancial, fuera de nuestra conciencia..., de nuestro anhelo? He aquí algo insoluble" (28). Es un hecho que Unamuno, mientras afirma por una parte la necesidad de que el objeto de nuestro anhelo vital, la inmortalidad personal, sea un bien transcendente, real, por otra, confiesa su impotencia, dentro del sistema, por lograr fundar en forma objetiva, el carácter real, en sí, y cognoscible, con respecto a nosotros, de la existencia de Dios (29), fundamento de la posibilidad y realidad de aquel bien. Podemos,

por otro más bien humano. En otros términos, que carece—el unamunismo, no Unamuno—de un verdadero y auténtico sentido y contenido religioso en cuanto tal. El tema de Dios entra en el unamunismo como un postulado ontológico y lógico en orden a fundar la posibilidad y realidad de la inmortalidad del hombre, quedando éste y no aquél como centro del mismo. "Para cada uno de nosotros—afirma Unamuno—el centro está en sí mismo" QS 1, 30; 2 EE 178).

Se afirma la necesidad de la "fe" en la existencia de Dios porque "con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme" (ST 6; 2 EE 846) y, como es evidente, sin la existencia de Aquél este sentimiento no sería más que una vana, trágica y estéril voluntad. Dios entra, por lo tanto, no "in recto" sino "in obliquo" y viene a ser buscado y afirmado por el unamunismo como el cliente que necesita calzarse busca al zapatero; por los zapatos. No hay pues, en último análisis, verdadera religiosidad y actitud de auténtica piedad en el unamunismo.

(25) QS 1, 1; 2 EE 89.

(26) ST 3; 2 EE 771.

(27) Cfr. sup. nota 25.

(28) ST 8; 2 EE 895s.

(29) El unamunismo no logra salvar, no obstante sus titánicos y sinceros esfuerzos, el problema de la objetividad de Dios. El mismo Unamuno se da cuenta de esto perfectamente y lo admite abiertamente. Después de afirmar que "Dios es el ideal de la Humanidad, el hombre proyectado en lo infinito y eternizado por él (QS 1,30; 2 EE 178) respondiendo a la objeción que lógicamente supone en el lector dice: "Aun esto, se dirá, es moverse en un cerco de hierro, y tal Dios no es objetivo. Y aquí convendría darle a la razón su parte y examinar qué sea eso de que algo existe, es objetivo. ¿Qué es, en efecto, existir, y cuándo decimos que una cosa existe? Existir es ponerse algo de tal modo fuera de nosotros, que precediera a nuestra percepción de ello y pueda subsistir fuera cuando desaparezcamos. Y estoy acaso seguro de que algo me precediera o de que algo me ha de sobrevivir? ¿Puede mi conciencia saber que hay algo fuera de ella? Cuanto conozco o puedo conocer

pues, afirmar, como conclusión de estas últimas consideraciones, que la fe unamuniana es una voluntad agónica y creadora, que tiende, en virtud de una necesidad existencial fundamental, hacia un objeto *idealmente* transcendente, pero *realmente* inmanente, elementos, estos dos últimos que, según nuestro criterio, vienen a fundar otro, a saber, el carácter esencialmente subjetivo de la fe unamuniana y, por ende, el insuperable sentido o sentimiento trágico de la vida, tema común en Unamuno, su solución desesperada al problema de la existencia o, como él mismo lo confiesa, la disolución de ésta que, en realidad no es otra cosa. Examinemos, pues, estas dos últimas características de la fe unamuniana, como voluntad trágica y desesperada, con lo cual terminaremos nuestra labor de análisis que trataremos de resumir, en un segundo paso metodológico, con la síntesis de los elementos varios que aquélla nos hubiera mostrado, en un esfuerzo por integrarlos en forma orgánica y, como tal, definible.

Con respecto al problema de la vida que, y no sin razón, concreta nuestro autor en la inmortalidad personal de todo hombre, admite Unamuno tres actitudes posibles (30). Acepta, en primer lugar, que hay quienes pueden encontrar, y de hecho encuentran solución en la fe "sencilla", fe en el sentido no unamuniano, claro está, sino cristiano, digamos más claramente, católico (31). A esta categoría pertenecen, según él, los "sencillos", aquéllos que no son tan insensibles como para no experimentar este problema, ni espíritus tan "selectos" como para estar en condiciones de captar las profundidades y sutilezas que implicaría para ellos toda una problemática filosófica y religiosa sobre el mismo. En otros términos, espíritus simples—la masa media y común del pueblo creyente—a quien Unamuno recetaría bendiciones y agua bendita, puesto que no pertenecen a la categoría "selecta" del hombre unamuniano que, como título de su aristocracia intelectual y superior condición, ostenta angustias metafísicas y "poses" existencialistas. Valga la ocasión para manifestar que Unamuno, no admite prácticamente la existencia de creyentes intelectuales sinceros, a quienes reduce a la condición de hipócritas que pasan toda su vida acallando y sofocando sus dificultades racionales y que, en una palabra, constituyen un estado anímico común a la humanidad de todos los tiempos (32). La segunda actitud en presencia del problema de la vida

está en mi conciencia. No nos enredemos, pues, en el insoluble problema de otra objetividad de nuestras percepciones... Y aquí volverá a decirse que no es Dios sino la idea de Dios, la que obra en nosotros... Y volverán a redargüirnos pidiéndonos pruebas de la verdad objetiva de la existencia de Dios... Y tendremos que preguntar con Pilato: "¿Qué es la verdad". (ST 9; 2 EE 906).

"Cuando me pregunta estas cosas... me haces sacar del fondo de mi alma... las visiones sin razón, los conceptos sin lógica, las cosas que ni yo sé lo que quieren decir, ni menos quiero ponerme a averiguarlo. ¿Qué quiere decir esto? Me preguntas más de una vez. Y yo te respondo: "Lo sé yo acaso?" (QS, pról.; 2 EE 74). "Si quieren soluciones acudan a la tienda de enfrente que en la mía no se vende tal artículo". (*Mi religión*, 2 EE 375).

- (30) "Hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo, y entonces, la desesperación irremediable, o b) sé que no me muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha" (ST 2; 2 EE 758s.).

- (31) "Esta sed de vida eterna apáganla muchos, los sencillos sobre todo, en la fuente de la fe religiosa; pero no a todos es dado beber de ella" (ST 3; 2 EE 780).

- (32) "Todos estamos en el secreto a voces; todos sabemos y nos lo decimos al oído, unos a otros... y si es así, ¿por qué duele e irrita que se encaramen uno a la pingorota de la torre más alta del pueblo y grite desde ella a voces, como vocero de la sinceridad, lo que todos se dicen al oído, derribando, descabellando y estropeando así el embuste? Hay que limpiar el mundo de comedias y retablos" (ST 6; 2 EE 844). "Pero no puedo hacerme a la idea de que estos sujetos no cierran voluntariamente los ojos al gran problema y viven, en el fondo, de una mentira, tratando de ahogar el sentimiento trágico de la vida" (ib).

sería la de los materialistas, "quorum deus venter est", y que, dejando ahogarse nuestro anhelo vital y sed de inmortalidad bajo las exigencias de la lógica, pretenden acallar la voz del sentimiento haciendo del "edamus et bibamus cras enim moriemur" su lema y consigna. Posición ésta que Unamuno, y no sin razón, rechaza como aquélla que pueda tomar un hombre que sea realmente tal (33). La tercera posibilidad o actitud es la que podríamos llamar la del "homo unamunianus", a saber la de aquél que hace de la misma incertidumbre y desesperación, resultado de la irreductibilidad entre las exigencias de la biótica y las conclusiones de la lógica, fuente de esperanza y de acción fecunda (34).

En otros términos, "hacer... de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual" (35), porque "nada es seguro: todo está en el aire" (36). Unamuno afirma—y creemos ser esto uno de sus elementos más originales—que sobre la base de esta interna contradicción de la condición existencial del "homo unamunianus" puede fundarse una vida fecunda y hasta optimista (37), aunque no excluye el caso de aquellos que, conducidos "al fondo del abismo", sean incapaces de elevarse por encima de éste a la actitud de esperanza desesperada, quedando abocados al suicidio corporal o espiritual (38). Tal es, en último análisis, según nuestro autor, la condición del hombre que, no queriendo (39) o, bien, no pudiendo ser "dogmático" (40)—"el sentimiento consuela pero no prueba"—tampoco puede renunciar a su anhelo vital de inmortalidad personal (41). No queda, en tales circunstancias, más que una posición intermedia, "la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha" (42). La fe unamuniana es,

(33) "Como Pascal no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa "en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta", y el que así siente "es para mí", como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, "un monstruo". (ST 3; 2 EE 765). "Hay gentes que parece como si no se limitasen a no creer que haya otra vida, o mejor dicho, a creer que no la hay, sino que les molesta y duele que otros crean en ella, o hasta quieren que la haya... Y los racionalistas que no caen en la rabia antiteológica se empeñan en convencer al hombre de que hay motivos para vivir y hay consuelo de haber nacido, aunque haya de llegar el tiempo... en que toda conciencia humana haya desaparecido. Y estos motivos de vivir y de obrar, esto que algunos llaman humanismo, son maravilla de la oquedad afectiva y emocional del racionalismo y de su estupenda hipocresía, empeñada en sacrificar la sinceridad a la veracidad, y en no confesar que la razón es una potencia desconsoladora y disolvente" (ST 5; 2 EE 815s).

(34) "El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que (sic) la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza". (ST 4; 2 EE 825).

(35) ib.

(36) ST 6; 2 EE 835.

(37) "...cómo de este abismo de desesperación puede surgir esperanza, y cómo puede ser fuente de acción fecunda y de labor humana, hondamente humana..." (ST 6; 2 EE 845).

(38) "Y si alguien, encontrándose en el fondo de él (el abismo), no encuentra allí mismo móviles e incentivos de acción y de vida, y por ende se suicida corporal o espiritualmente, o bien matándose o bien renunciando a toda labor de solidaridad humana, no seré yo quien se lo censure" (ST 6; 2 EE 845).

(39) "...para quien no quiere ser dogmático..." (ST 11; 2 EE 963).

(40) "...no a todos es dado beber de ella" (fe religiosa). (ST 3; 2 EE 780).

(41) "Y la vida, que se defiende, busca el lado flaco de la razón y lo encuentra en el escepticismo, y se agarra de él y trata de salvarse asida a tal agarradero. Necesita de la debilidad de su adversaria. Nada es seguro: todo está en el aire". (ST 6; 2 EE 835).

(42) ST 6; 2 EE 846s.

pues, una voluntad esencialmente desesperada, en el sentido de exigencia absoluta del hombre que lo lleva a asirse de un objeto, cuya real existencia no le consta ni le puede nunca constar. Carácter radicalmente desesperado que viene a determinar la actitud del hombre unamuniano en un sentido sumamente crítico, fundando el *sentimiento trágico de la vida*.

Como conclusión del presente análisis sobre los diversos y complejos elementos que integran la fe unamuniana, podemos pretender integrarlos en una síntesis orgánica definiéndola como una "voluntad agónica y creadora, tendiente, en virtud de una fundamental necesidad existencial humana, en un objeto idealmente trascendente, realmente, sin embargo, immanente, de donde se sigue tanto su insanable subjetivismo, como el inevitable sentido trágico de la existencia". En otros términos, y pidiéndole una generosa ayuda al latín, gracias a su admirable capacidad sintética: *Voluntas agonica et creatrix, tendens, ex fundamentali necessitate existentiali humana, in objectum idealiter transcendens, realiter autem immanens, unde, tum ejus insanabilis subjectivitas, tum essentialis sensus tragicus existentiae*".